

porción de cartuchos de cañón que se convirtieron en cartuchos de fusil para suplir los que el merodeo consumía de cotidiano.

Aun quedaba por vencer la última dificultad para reunir los materiales del tren de puente, y era proporcionarse cuerdas y medios de ataque, como áncoras, ganchos, etc. Por un postrer milagro de industria, el general Eblé logró tener cordaje, ya usando cáñamo, ya cuerdas viejas que en Santarem fueron halladas. También á falta de anclas hizo forjar ganchos, capaces de morder en el fondo del río, y si conseguía botar las barcas al agua y colocarlas delante del enemigo, casi estaba ya en proporción de fijarlas en ambas riberas.

Mas ¿se podría echar el puente á la vista de los contrarios? Cuestión grave era ésta que preocupaba á la sazón los ánimos de todos.

Trasladado fué, según se ha dicho, el taller de construcción desde Santarem junto al Tajo á Punhete junto al Zezere, y ocupáronse además entrambas márgenes de este río con sólidos puentes de caballetes. Allí se estaba á alguna distancia del desemboque del Zezere en el Tajo, teniendo á la izquierda y muy cerca á Abrantes, adonde lord Wéllington había enviado todo el cuerpo del general Hill, y á la derecha, bien que mucho más abajo, á Santarem, adonde el mismo lord Wéllington había llevado sus avanzadas. Para echar el puente se necesitaba ante todo llevar las barcas del Zezere al Tajo, se necesitaba hacerlas remontar su curso para tratar de pasar al otro lado cerca de Abrantes, ó bien hacerlas seguir al hilo de las aguas para tratar de que cerca de Santarem fuera el paso. Si se hacían subir las barcas hasta las inmediaciones de Abrantes, se lograba la ventaja de encontrar el Tajo más encajonado por aquel punto y menos caudaloso por no haber aún recibido el Zezere, pero se tenían delante enemigos numerosos y bien situados, no pudiéndose operar contra ellos sino con parte de las fuerzas, pues el cuerpo del general Reynier tenía que perseverar en su campo de Santarem para hacer cara al grueso del ejército de los ingleses si se lanzaban fuera de sus líneas con el fin de atacar las nuestras. Por el contrario, si quería bajar hasta Santarem, como había modo de hacerlo, pues no era absolutamente imposible llevar allí las barcas sin que fueran destruídas, se obtenía la ventaja de operar con todo el ejército reunido; mas se hallaba el Tajo, de muy desmesurada anchura y alternativamente angostándose ó ensanchándose, de modo que no se sabía dónde echar el puente ni cómo se harían practicables las avenidas. Se equilibraban, pues, las razones para decidirse por la una operación ó la otra. Cerca de Abrantes era más fácil de echar el puente, pero había que maniobrar con el ejército dividido: cerca de Santarem se concentraban muy bastante las tropas con el fin de defender nuestras líneas y de proteger el paso, pero el río era de una anchura y una desigualdad tales, que no permitían abarcar sus dos márgenes harto extendidas. Por último, tras de cualquier partido que se adoptara y aun saliendo perfectamente, ¿no había que dividirse en las dos orillas del río, y que temer, si sólo se dejaba á la izquierda un destacamento poco numeroso, que el puente sustentado con debilidad fuera destruído, y que si, por el contrario, se dejaba un cuerpo bastante, se le expusiera á perecer por un accidente como el que en Essling había

ocurrido? Tales eran las diversas eventualidades que discutían los soldados con rara inteligencia y con prodigiosa sangre fría, pues no se echaba de ver el menor trastorno moral en las tropas. Por supuesto, que cada cual resolvía la dificultad á su manera. Reynier, que se hallaba mal situado y quería mudar de puesto, sustentaba que el paso del río era tan urgente como practicable, y aun se comprometía, mientras se ejecutara, á escarmentar á los ingleses si les daba gana de atacar la posición de Santarem; pero el mariscal Ney, sobre quien pesaba la responsabilidad del paso, por estar situado detrás hacia el Zezere, y porque su posición, su energía y el recuerdo de Essling le designaban para esta operación atrevida, sin negarse á echar el puente, parecía como que dudaba del éxito con el material de que se disponía y en presencia de un enemigo tan avisado como lord Wéllington; y aun después de ejecutado el paso, no respondía de ningún modo de las resultas que hubiera podido traer la rotura del puente. En cuanto á Junot, variable como el viento, tan pronto argumentaba en un sentido como en otro: con Reynier opinaba por el paso del río, cuando estaba cerca de Ney lo consideraba imposible, y no podía ser útil sino en el instante de romperse el fuego.

Estas divergencias de pareceres no hubieran producido inconvenientes graves, á no ser por las expresiones amargas que se usaban respecto del general en jefe, como si fuera responsable de la extraña situación en que se encontraban junto al Tajo y no figurara cual la primera víctima de una voluntad inflexible, que adoptaba resoluciones lejos del terreno y de los sucesos y con absoluto olvido de la realidad de las cosas.

No se cesaba en cada cuartel general de usar un lenguaje sobremanera destituido de fundamento contra Massena, y de dar un peligroso ejemplo, el de la indisciplina de los espíritus, que en los ejércitos es la más funesta de todas, pues destruyendo la unidad de pensamiento y de voluntad, imposibilita la unidad de acción. Hasta Reynier, agriado por los padecimientos de sus tropas, se comenzaba á quejar y á no tener el juicioso comportamiento que antes. Junot, según su costumbre, explicándose como Ney en Thomar, como Reynier en Santarem, y no atreviéndose, vuelto al cuartel general, á llevar la contraria delante de Massena, á quien tenía poca estima, no se extraviaba, sin embargo, hasta el punto de faltarle al respeto exterior debido. Reynier acreditaba también este respeto en cierto modo. Al revés Ney había convertido su cuartel general de Thomar en un centro donde se reunían los descontentos de todo el ejército y donde en público se pronunciaban las frases más inconvenientes. Los miembros de la administración, á quienes la desconfianza de los soldados había privado de toda participación en la subsistencia de los cuerpos, llevaron á Santarem su ociosidad murmuradora, y entre ellos no era el menos malévolo en el lenguaje el ordenador principal, deudo de Ney y vuelto al servicio activo por la protección de Massena. Allí todas las providencias del cuartel general eran amargamente censuradas, y los padecimientos de una larga espera se imputaban, no á la política imperial, sino al general en jefe, bien inocente á la verdad de cuantos males se estaban sufriendo. A tal punto habían llegado las cosas, que desde que se tomó la nueva posición junto al Tajo,

no había ido Ney á ver á Massena, y permanecía en Thomar, cual si fuera el general en jefe y Thomar el cuartel general de las tropas. Naturalmente á oídos de Massena llegaban todos estos pormenores, y aun cuando se irritaba á veces, muy luego recaía en su negligencia y sus desdenes habituales, dando bajo el aspecto de las costumbres un ejemplo mal adecuado á atraerse el respeto de sus subordinados, bien que bajo el aspecto de la firmeza y de la sangre fría dándolo tal que sus lugartenientes debieran imitarlo, de lo cual distaban en gran manera. Por lo demás esta triste indisciplina no había aún descendido de los generales á los soldados: extraños estos últimos á las envidiosas declamaciones de sus inmediatos jefes, confiados en el carácter, la gloria y la fortuna de Massena, contando con prontos socorros de Napoleón, pues no suponían que les enviara tan lejos para acosar á los ingleses sin proporcionarles en breve el medio de salir con la empresa, aún esperaban llevar á cima las grandes cosas que se habían prometido de esta campaña; sólo que, si estaban prontos á sacrificarse en las ocasiones de trascendencia, les repugnaba hacerlo en las que no lo eran de modo alguno. El triste estado de los hospitales, donde se carecía de medicinas, de camas y casi de alimentos, donde no llegaban los víveres sino por un esfuerzo enérgico y todos los días renovado de la voluntad del general en jefe, engendró en ellos la opinión de que el hombre enfermo ó herido era hombre muerto. Así, resueltos á morir en jornada decisiva sin quedar uno, los soldados pedían que se les ahorrara de escaramuzas, cuya necesidad no estaba demostrada. Sabedores además de que escaseaban las municiones, querían que se reservaran su sangre y sus cartuchos para el momento de decidirse en una gran batalla sobre la suerte de la península y la Europa. Así este ejército, constante en su adhesión y su heroísmo, soportando las privaciones y los padecimientos con una paciencia y una industria admirables, no había perdido nada de su valor sino bajo el aspecto de la disponibilidad de todos los instantes: de continuo se le podían pedir grandes cosas, pero no siempre las pequeñas.

Ante situación semejante se pueden avalorar la oportunidad, la utilidad, la exacta relación con los hechos de las instrucciones imperiales, que recomendaban á Massena asegurarse el medio de maniobrar sobre las dos márgenes del Tajo; echar sobre este río, no un puente, lo cual no era bastante seguro, sino dos, como se había hecho sobre el Danubio; crearse vastos almacenes de víveres y municiones, á fin de poder prolongar su estado bajo los muros de Lisboa; tomar sobre todo á Abrantes, donde se debían hallar grandes recursos; hostigar á los ingleses de continuo; procurar atraerles fuera de sus líneas para batirlos, etc. Sabias lecciones, sin duda, que no había podido olvidar Massena, pues había contribuído á asegurar el triunfo sobre el Danubio; pero de las cuales el mismo que las daba, grande como era y todo, se hubiera visto muy apurado en hacer aplicación sobre el Tajo, sin madera, sin hierro, sin pan, sin los grandes recursos de la ciudad de Viena, sin la fertilidad de Austria, sin comunicaciones con Francia, sin obediencia á sus miras, sin ninguno de los medios, en fin, que le permitieron operar el paso del Danubio el mismo día de la batalla de Wagram. Si Napoleón hubiera nacido sobre el trono y figurara como heredero de

veinte reyes y no mirara sino como regia diversión la guerra, no adaptara de otro modo sus órdenes á la realidad de los sucesos. ¡Tan presto ciega la fortuna aun á los hombres superiores cuando se empeñan en querer sujetar, no sus deseos á la naturaleza de las cosas, sino la naturaleza de las cosas á sus deseos!

Contando siempre el ejército con prontos é importantes socorros, estaba alerta á los menores indicios, á los menores rumores que pudieran revelar la aproximación de tropas amigas. Un vago susurro, llegado á las avanzadas, hizo por un momento esperar la aparición de un ejército francés y produjo una emoción de alegría desgraciadamente pasajera. Con efecto, una columna de nuestras tropas había casi llegado á nuestras avanzadas junto al Zezere; mas tan pronto como hubo asomado desapareció de todo punto, y costaba mucho dar con la explicación de este singular acontecimiento que era bien sencillo á pesar de todo.

El general Gardanne, á quien el general Foy había transmitido la orden de incorporarse al ejército con la brigada de dragones dejada á la espalda, con los hombres salidos de los hospitales, con los convoyes de víveres y de municiones, no había podido juntar más que trescientos ó cuatrocientos jineteros y de mil quinientos á mil seiscientos infantes, sin añadir tampoco ni un saco de harina ni un barril de cartuchos ni un carro de transporte. Así era realmente, pues faltó desde la partida de Massena de medios para proteger los caminos, estuvo en la imposibilidad de continuar el almacenaje de Salamanca y el abastecimiento de las plazas de Ciudad Rodrigo y Almeida. Como todos los jefes de las provincias del Norte, sólo había vivido para salir del día, pudiendo apenas extender su acción á algunas leguas de distancia y devorando todos los víveres que lograba proporcionarse. Al recibir por conducto del general Foy la orden antedicha se puso en marcha con una columna de dos mil hombres, pasó por el Sur de la Estrella, siguió el valle del Zezere, según se le había indicado, y adelantóse hasta llegar á una jornada de las avanzadas del general Loissón delante de Abrantes. Allí, completamente preocupado de los peligros desconocidos que le rodeaban, habiendo oído decir y asistiéndole razón para creer que el ejército de Portugal tenía tantos enemigos detrás como delante, concibió miedo de que se le cayera encima un cuerpo numeroso, y no hallando las avanzadas francesas, suponiendo que una fuerza crecida les hubiera obligado á repliegarse, se volvió á toda prisa á Almeida, arrojando en este movimiento más peligros que los que le ponían en fuga. Sin embargo de esto, el general Gardanne era un militar entendido y valiente, pero en esta guerra de sorpresas y de aventuras, en la cual era de todo, se temían tantos peligros como forjaba la fantasía. De vuelta en Almeida encontró allí al general Drouet, tantas veces anunciado y llegado á la postre, no con las dos divisiones de Essling, sino con una sola, la del general Conroux, pues la división de Claparede estaba detrás y muy lejos. Bajo el aspecto de la gente nada dejaban que desear estas dos divisiones, pues aunque jóvenes, en la campaña de 1809 habían hecho un rápido y duro aprendizaje de la guerra. Por desgracia ya iban muy fatigadas y disminuías tras de atravesar la mitad de Francia y de España para trasladarse desde las costas de Bretaña á Castilla



la Vieja. Todo lo más contaba la división de Conroux siete mil hombres en estado de servicio. Mil menos tenía la división de Claparede, todavía en marcha, y así todo el cuerpo no podía reunir más de quince mil hombres en disposición de llevar armas.

Estrechado por las reiteradas instrucciones de Napoleón y con especialidad por las más recientes á encaminarse á Portugal, á volver á abrir á toda costa las comunicaciones con Massena, á prestarle en fin cuantos servicios le fuera posible, el general Drouet no tenía que hacer más que entrar inmediatamente en campaña, aun cuando no tuviese más que la división de Conroux á la mano, no siendo menester que aguardara á la división de Claparede, pues señalando las instrucciones de Napoleón al noveno cuerpo el doble objeto de socorrer al ejército de Portugal y dejar con él expeditas las comunicaciones, de manera que no tornaran á ser interceptadas, podía el general Drouet cumplir con la división de Conroux la primera parte de su encargo, y fiar á la división de Claparede el cuidado de cumplir la segunda. Aun cuando estuviera autorizado para requerir la espada del general Dorsenne, no pensó en efectuarlo, pues encontróle apuradísimo en correr tras los guerrilleros, apesarado por las fatigas y la dispersión de la joven guardia, y poco dispuesto, de consiguiente, á enviar hasta las fronteras de Portugal un destacamento de ella. Por único servicio le pidió que no detuviera á la división de Claparede, y dejando orden á ésta de situarse lo más pronto posible á la entrada del valle de Mondego, entre Almeida y Viseo, de caer á todo trance sobre las partidas de Trent y de Silveira y de mantener siempre desembarazado el camino hasta Coímbra, decidióse á marchar personalmente con la división de Conroux á fin de aproximarse al Tajo. Se agregó el destacamento del general Gardanne, de cuyo modo hizo subir el tan decantado socorro de las famosas divisiones de Essling solamente á nueve mil hombres. Verdad es que el general Drouet había recibido el mando de la división de Serás, destacada del cuerpo de Junot anteriormente y destinada á guardar el reino de León; mas la encontró allí tan ocupada, que no hubiera sido cuerdo distraerla de su destino. Siguiendo el valle del Mondego se puso, pues, en camino al frente de sus nueve mil hombres, número que no bastaba para socorrer á Massena, pero con que había de sobra para atropellar á todos los enemigos que pudiera encontrar al paso, aun cuando el rumor público elevaba su guarismo á proporciones espantosas. Por lo demás, el general Drouet, al modo que el general Gardanne, no llevaba consigo ni dinero, ni víveres, ni municiones: inútilmente se hubiera comprometido el dinero, no pudiendo ser provechoso en las poblaciones desiertas que ocupaban las tropas: víveres y municiones no había, y en todo caso menos hubiera habido aún medio de transportarlas. Hasta vióse obligado durante su permanencia en Castilla la Vieja á vivir de las provisiones de las plazas de Almeida y de Ciudad Rodrigo, lo cual era una verdadera desgracia, puesto que una y otra podían ser embestidas por el enemigo tarde ó temprano.

Habiendo echado el general Drouet por el valle del Mondego, con el fin de acortar siguió la orilla izquierda y no la derecha de este río: casi sin obstáculo transpuso la sierra de Murcelha, desembocó junto á Leiria, vivien-

do de lo que hallaba por el camino y sin que le costara trabajo dispersar á los corredores que rondaban en torno suyo. El ejército de Portugal, á cuyos oídos había llegado el rumor de la tentativa del general Gardanne, experimentaba impaciencia muy viva por ver asomar una tropa francesa, aun cuando fuera una simple columna de algunos centenares de hombres. Se suspiraba por la comunicación con Castilla la Vieja, y por Francia tanto como por los socorros; se quería, en fin, saber por todos si se les había echado ó no en olvido, si estaban ó no destinados á realizar alguna cosa grande, practicable, sencillamente inteligible, dado que ningún correo se había recibido de Francia desde el 16 de septiembre de 1810, día del paso de la frontera de Portugal, y era ya mediado enero de 1811. Así, á pesar de la repugnancia á los combates en detalle, todos se hallaban prontos á los más atrevidos reconocimientos, practicados con columnas de mil doscientos á mil quinientos soldados en todas direcciones, á lo largo del Tajo hasta Villa-Velha, á lo largo del Zezere hasta Pedragosa, junto al Mondego hasta Coímbra. Siempre fueron puestos en fuga el paisanaje y los milicianos de Trent y Silveira, y todo se redujo á matar gente, quemar lugares, recoger ganados, á veces granos, consuelo verdaderamente precioso en el estado de penuria que amenazaba, pero que no resarcía de las nuevas esperanzas con tanta impaciencia y tan sin fruto. Especialmente de algunos días atrás se habían visto á la orilla izquierda del Tajo masas de paisanos echando por delante sus rebaños á través de las llanuras del Alentejo, llevando sobre acémilas su ajuar, ganando las cercanías de Lisboa, cual si el ejército de Andalucía fuera tras de su huella, é infrióse que Napoleón había quizá dado orden á Soult para que marchara á incorporarse al ejército de Portugal y que el mariscal la ponía en planta; de cuyas resultas fué general, aunque de corta duración, la alegría en el campamento.

Por fin, al cabo de muchos días de esta anhelante espera, una tropa de dragones, guiada por el general Gardanne, se juntó á las avanzadas de Ney entre Espinhal y Thomar. Se reconocieron, se abrazaron con efusión, se contaron por una parte las perplejidades de una larga y angustiosa expectativa de muchos meses, por otra los azares amenazadores arrostrados en vano con el fin de incorporarse al ejército. Deplorando el general Gardanne su expedición del mes anterior más vehementemente que nadie, creyó enmendar sus yerros, por los cuales no había quién pensara en reconvenirle, con anunciar maravillas á sus camaradas, impacientes de cerciorarse de lo que se iba á hacer por ellos. A su decir, además de su propia brigada traía el general Drouet una fuerte división, no parando en esto, pues detrás seguía otra; que el noveno cuerpo reunido no bajaría de veinticinco á treinta mil hombres; que lo acompañaría la abundancia, como que en Salamanca existía un tesoro, y que, ya restablecidas las comunicaciones, todo llegaría holgadamente, así los víveres como las municiones. Sabido es cuántas exageraciones, á la verdad muy dignas de excusa, nacen de estas efusiones entre militares que se vuelven á ver tras de grandes peligros. Apenas tuvo lugar este encuentro, esparcióse desde Thomar á Santarem en todo el ejército la noticia de la aparición del general Drouet, que produjo una especie de entusiasmo. Contando con la próxima llega-

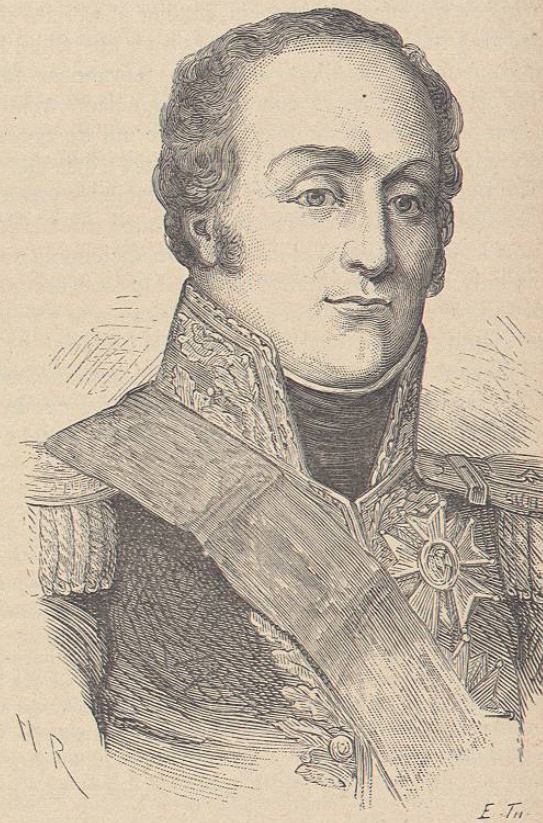
da de treinta mil camaradas suyos, los soldados de Massena se creyeron capaces de intentar todo muy luego y se abandonaron á las esperanzas más halagüeñas. Bastante corto el invierno en aquellas regiones iba á ceder el puesto á la primavera: delante se hallaban las líneas de Torres-Vedras, que no parecían insuperables á un ejército de setenta mil franceses; á la izquierda el Tajo, que no debía ya oponer un estorbo, y más allá la fértil llanura del Alentejo, donde se cogería en abundancia lo que empezaba ya á escasear en la llanura de Golgao, casi enteramente devorada.

Massena vió al general Drouet y recibió de él una porción de despachos atrasados que aún no habían podido llegarle: unos no tenían con la situación actual relación alguna y sólo daban testimonio de las ilusiones que se acariciaban en París: otros, más recientes y escritos después de la ida del general Foy, contenían muchas críticas no acalladas por los esfuerzos justificadós de este jefe, y de las cuales por lo demás no había más que sonreirse, bien que tristemente, al ver los errores en que Napoleón se obstinaba. Sin embargo, estas críticas se hallaban compensadas con algunas promesas de socorro, con el anuncio de la pronta llegada del general Drouet, con la noticia de las órdenes expeditas al mariscal Soult, con la aprobación más completa dada al establecimiento junto al Tajo, ésta acompañada de las más vivas instancias para continuar allí indefinidamente. Por poco adecuadas que muchas de las prescripciones llegadas de París fueran á las actuales circunstancias, con todo, siempre era algo aquella aprobación dada á la permanencia junto al Tajo y aquella voluntad firmemente expresada de que se prosiguiera. Con esto había muy bastante para quitar al general en jefe toda ansiedad sobre la conducta á que debía atenerse, y para infundir al ejército plena confianza en la marcha por él adoptada, pues era la misma que Napoleón había ordenado desde lejos como la mejor y más conforme á sus grandes designios. Pero se trataba, en fin, de saber qué medios enviaría Napoleón para ejecutar la resolución en que se mantenía firme de forzar la posición de los ingleses, ó de bloquearlos de modo que se vieran obligados á abandonarla. Aquí por desgracia todo era chasco y asunto de pena. Anunciado como compuesto de treinta mil hombres, apenas constaba de quince mil el noveno cuerpo: de éstos llevaba siete mil el general Drouet, no contando los dos mil del general Gardanne, reducidos ya á mil quinientos por resultas de su doble viaje. En Viseo, esto es, á sesenta leguas á la espalda, había dejado á los ocho mil hombres del general Claparede para mantener las comunicaciones; y aún no podía dejar de una manera permanente en Thomar los siete mil hombres del general Conroux que llevaba consigo, pues intimándole formalmente sus instrucciones mantener expeditas las comunicaciones con la frontera de España, veíase obligado á retroceder camino para dispersar de nuevo á la *insurrección*, que se había tornado á juntar á su espalda, como se juntan las olas detrás de la nave que las ha hendido para cruzarlas.

Aún era vivo el júbilo entre las tropas, cuando ya Massena se sentía lleno de pesadumbre y desengañado sobre la realidad de los socorros que tanto se le habían prometido. ¡Ni una fanega de grano, ni un barril de pólvora, ni un saco de dinero, aunque hubiera millones

en Salamanca, y en vez de treinta mil hombres, nueve mil á lo sumo, y siete mil de ellos prontos á retroceder en la marcha, y no habiendo ido más que para escoltar insignificantes despachos, más bien que una aparición venturosa que había llenado al ejército de ilusoria alegría, era una especie de aparición funesta! ¡Cien veces más valiera no recibir nada, ni despachos ni refuerzos, que recibir aquel socorro irrisorio, pues al menos quedaría viva la esperanza!

Con todo Massena estaba resuelto á no consentir que el general Drouet partiera, pues su marcha, después de



El general Drouet d'Erlon

una permanencia de algunos instantes, podía desesperar á las tropas, y de seguro le había de quitar los medios de pasar el Tajo, despojándole del valor de ponerlo por obra. Y no pasar el Tajo equivalía á resolver la retirada, puesto que al cabo de pocos días sería imposible vivir en la orilla derecha, ya por completo devorada. Massena hizo conocer al general Drouet todos estos inconvenientes. Limitarse hubiera podido á darle, bajo su responsabilidad, órdenes formales, pues habiendo caído el general Drouet en la esfera de acción del ejército de Portugal, se hallaba con evidencia bajo la autoridad de su general en jefe; pero, menos imperioso que enérgico, prefirió Massena persuadir á Drouet y conseguir su asentimiento para lo que le hubiera podido exigir su obediencia. Nada de mala voluntad ponía el general Drouet en esto de su parte, aun cuando no tenía mucha gana de incorporarse á un ejército comprometido, bien que imbuído en sus instrucciones y temeroso de infringirlas, alegaba su texto, que desgraciadamente era terminante. Con efecto, estas instrucciones decían que al llevar socorro al ejército de Portugal, convenía no dejarse



cortar por Almeida, y no perder sus propias comunicaciones por restablecer las de Massena. Ahora bien: en Thomar, adonde el general Drouet había llegado; en Leiria, donde se trataba de situarle, se hallaba tan cortado de la frontera de Castilla la Vieja como el mismo Massena. Sin embargo, había que argüirle que si persistía en cumplir la parte de sus instrucciones que le recomendaba expresamente el cuidado de sus comunicaciones, quebrantaba otra mucho más importante, la que intimaba llevar socorro al ejército de Portugal, y en la forzada alternativa de violar la una ó la otra, valía más observar la más trascendente y más conforme con el espíritu de su encargo, que era auxiliar al ejército de Portugal, y que lejos de auxiliarle con su aparición, le comprometiera y perdiera acaso en retirándose tan pronto. ¡Harto había ya con haber anunciado treinta mil hombres y no llevar más que siete mil de ayuda! Además le quedaba la división de Claparede, más fuerte que la otra, para velar por sus comunicaciones y cumplir la segunda parte de su tarea. A todos estos argumentos añadió Massena el más decisivo, diciéndole que ponía bajo su responsabilidad personal los sucesos que pudieran seguirse, si retrocedía inmediatamente y dejaba el ejército de Portugal entregado á sí propio.

El general Drouet, que era un hombre honrado, víctima de las instrucciones poco adecuadas á las circunstancias (1), no vaciló ya después de oír al general en

(1) Esta célebre campaña de Portugal ha dado naturalmente asunto á vivas disputas, dividiéndose en distintos dictámenes los escritores militares. Recientemente un hábil defensor del mariscal Massena, el general Koch, en una obra notable, ha acusado al general Drouet, y con fundamento sin duda, de haber aumentado sobre manera las apuros de toda especie que asaltaron al mariscal Massena en esta deplorable campaña. Si el general Koch hubiera conocido la correspondencia de Napoleón, se enterara de que la culpa no estuvo en el general Drouet, sino en Napoleón mismo, que totalmente lleno de ilusiones, figurándose que el cuidado de las comunicaciones podía y debía ser en Portugal lo que era en Alemania, le daba la extraña orden de socorrer á Massena junto al Tajo y de conservar las comunicaciones hacia Almeida. Citamos las propias cartas de Napoleón, las cuales, sin destruir las aseveraciones del general Koch relativamente á los apuros ocasionados por el general Drouet á Massena, demuestran á quién se debe hacer sufrir el cargo que al general Drouet se dirige. Por lo demás no hay que culpar aquí al genio de Napoleón, pues si alguien en el mundo había capaz de dar instrucciones era él sin duda, sino á su política, que por abarcar todas sus empresas, le reducía á expedir órdenes indignas de su alta previsión. Para corroborarlo véase el contenido textual de las cartas á que se hace referencia.

»Al mayor general.

»Fontainebleau, 3 de noviembre de 1810

»He recibido la carta del general Drouet fechada en Valladolid el 22 de octubre.

»Las disposiciones que adopta para volver á abrir las comunicaciones con Portugal no me parecen satisfactorias. Reiteradle la instrucción de ir á Almeida y de reunir fuerzas considerables para poder ser útil al príncipe de Essling y ayudar á abrir sus comunicaciones.

»Convendría que al general Gardanne ó á otro cualquier jefe se diera una fuerza de seis mil hombres con seis piezas de artillería para volver á abrir la comunicación y que otro cuerpo de igual fuerza se situara en Almeida para estar con él en correspondencia. Por último, es importante que las comunicaciones del ejército de Portugal sean restablecidas, á fin de que la retaguardia del príncipe de Essling esté asegurada todo el tiempo que tarden los ingleses en reembarcarse.

jefe y consintió en quedarse con el ejército de Portugal. Hízole el general en jefe tomar posición en Leiria, al respaldo de la Estrella, donde impedía que por el camino del mar se cogiera al ejército hacia la espalda, mientras estuviera acampado junto al camino del Tajo. Otra ventaja tenía el establecimiento del general Drouet en Leiria, y era la de relevar las tropas de Ney y permitir su concentración entre Thomar y Punhete, punto donde se hacían los preparativos para el paso del río. Sin embargo de no subir el socorro, aun incluyendo el destacamento del general Gardanne, más que á unos nueve mil hombres, de resultas ascendía á cerca de cincuenta y tres mil el ejército de Massena, con lo que vió éste un medio, no de atacar las líneas inglesas, pero sí de hacer infinitamente menos peligroso el paso del Tajo.

Con efecto, dejando veintitrés mil hombres á la orilla

»Enviadle el *Monitor* de hoy, donde hay noticias de Portugal llegadas de Londres.

»Tan luego como se reembarquen los ingleses, trasladará su cuartel general á Ciudad Rodrigo, no siendo mi intención que el noveno cuerpo se empeñe en Portugal, á menos que los ingleses prosigan haciéndose firmes, y aun así el noveno cuerpo no se debe dejar cortar de Almeida, sino que debe maniobrar entre Almeida y Coimbra.

»Escribid al general Drouet que tardan mucho en llegarme noticias de Portugal; que esto es importante bajo todos aspectos, y que así hay necesidad de abrir las comunicaciones, para que, ya que no todos los días, me lleguen de allí nuevas todas las semanas.

»Preguntadle por el estado de las tropas dejadas á su espalda, por la división de Serás, por lo que dejó detrás el príncipe de Essling de infantería, de caballería, de artillería, y en fin, por lo que hay en el sexto gobierno.»

»Al mayor general.

»París, 20 de noviembre de 1810.

»Adjunto hallaréis el extracto de los últimos periódicos ingleses. Comprenderéis la importancia de despachar un oficial de estado mayor al general Drouet para participarle que el 1.º de noviembre aún no se había empeñado batalla; que el ejército francés tenía su izquierda en Villafranca y su derecha en Torres-Vedras, y que el ejército inglés estaba á cuatro leguas de Lisboa; que diez mil hombres de milicias ocupaban á Coimbra é interceptaban el camino; que la caballería no es de ningún uso; que importa por tanto que no divida sus tropas, y que abra las comunicaciones con el príncipe de Essling empleando un fuerte cuerpo; que por lo demás cuento con su prudencia para que no se deje cortar en Almeida.

»Según los periódicos ingleses, la guarnición de Coimbra se hubo de dejar sorprender del 12 al 15 de octubre y dejó que el enemigo se apoderara de mil quinientos enfermos que había en esta plaza.

»Reiterad á los generales Caffarelli, Dorsenne y Reille las órdenes para ejecutar los movimientos ya prescritos, es decir, que la guardia se junte en Burgos; que cuanto pertenezca al general Drouet le sea enviado. Recomendad al general Kéllermann que no detenga la división de Conroux, y antes bien le deje ir sobre Salamanca.

»¿Cuándo llegan los fusileros de la guardia á Bayona? Dad orden de que descansen allí dos días. Los destacamentos que se hallan en el campo de Marac incorporarán sus compañías.

»Escribid al duque de Dalmacia para que se entere de lo que dicen los ingleses del ejército de Portugal, y comprenda la importancia de hacer una diversión en favor del mismo.»

Como se ve, estas cartas son anteriores en un mes ó dos á la situación que pintamos, pero contienen expresamente el principio de todas las instrucciones dadas después al general Drouet por el ministerio de la Guerra, y explican la posición ambigua de este general entre el deseo de socorrer á Massena y el de no perder sus comunicaciones, por lo que fué para el ejército de Portugal de más embarazo que provecho.

(N. del A.)

derecha y trasladándose con treinta mil á la orilla izquierda, infundía menos zozobra la posición de las dos fracciones del ejército separadas una de otra por un gran río, aun cuando el peligro siguiera siendo para ambas si se rompía el puente, como en Essling el del Danubio. Sin embargo, siendo ya, por efecto del refuerzo que acababa de ser recibido, mucho menos la temeridad de dividirse en las dos riberas, afirmábase Massena en la idea de cruzar el río, porque, posesionándose de Alentejo, podía vivir tres ó cuatro meses más en las cercanías de Santarem, cumplir las instrucciones de Napoleón que le encomendaban persistir en el bloqueo de las líneas de Torres-Vedras y aguardar así el socorro tan anunciado del ejército de Andalucía. Si llegaba este socorro, entonces el destino del ejército de Portugal cambiaba completamente; de la defensiva podía pasar á la ofensiva, y terminar bajo los muros de Lisboa la larga guerra que desolaba á Europa ya hacia veinte años.

Si Massena había tomado su partido después del engaño que acababa de experimentar al recibir, en vez de un cuerpo de treinta mil hombres encargados expresamente de socorrerle, una división de siete mil soldados y éstos con equívocas instrucciones, el ejército no sobrellevó pacientemente aquel triste chasco. Del entusiasmo pasó al desaliento: murmuró sin rebozo y murmuró contra el emperador porque le dejaba en situación semejante, sin víveres, sin municiones, sin socorros. ¿A qué bueno, decía, condenarle á consumirse junto al Tajo, si en breve no se le habían de facilitar los medios de obrar ofensiva y eficazmente? Sin duda se ocasionara un daño trascendental á los ingleses encerrándolos definitivamente dentro de Lisboa, para que se escatimaran los más penosos sacrificios; pero dejarles en libertad de recorrer todo el Alentejo, consentirles alimentarse allí á sus anchas, era apurarles muy poco, y en realidad ser tan solamente para nosotros los apuros: ellos vivían bien y nosotros vivíamos mal, y dentro de poco si tal situación se prolongaba, continuando ellos en vivir muy bien y nosotros muy mal, acabaríamos por sucumbir de inanición. Así el ejército de Portugal, á semejanza de todas las tropas enviadas á España, vino á experimentar el sentimiento de que se le sacrificaba sin compasión y sin probabilidad alguna de gloria á la tarea ingrata de crear troncos de familia. A la verdad esta disposición de ánimo hubiera desaparecido instantáneamente delante del enemigo para ceder el puesto al honor militar y al valor más noble; muy pronto lo acreditarían así los hechos.

Habiendo llegado en el cuerpo de Reynier los sufrimientos á su colmo, no se oía más que este grito: «Pasemos el Tajo ó partamos.» Efectivamente, el general Eblé había terminado su creación portentosa, y poseía ya cien grandes barcas con cuerdas y ganchos de cierta solidez para echar el puente aguardado con tanta impaciencia. Además, había asegurado nuestro establecimiento sobre las dos orillas del Zezere, consolidando allí el puente de caballetes y añadiendo un puente de barcas, sin distraer nada de lo preciso para el gran puente sobre el Tajo. Aunque difíciles de reunir los medios materiales, no constituían la principal dificultad en la ejecución de tal maniobra. Ésta emanaba de la doble cuestión militar de un paso á viva fuerza delante de un contrario muy sobre aviso, y de la división del

ejército en las márgenes de un río caudaloso; cuestión cuyo examen y cuya resolución se necesitaban sobre todo.

No había quien no se ocupara en discutirla, cuando llegó el general Foy con un nuevo destacamento como de dos mil hombres, con las instrucciones verbales de Napoleón y las inspiraciones adquiridas en sus entrevistas numerosas. Llegado el general Foy á Ciudad Rodrigo á fines de enero, aguardó allí muchos días antes de que se pudiera juntar con reclutas, enfermos y heridos salidos de los hospitales, una escolta suficiente para proteger su marcha y llevar un pequeño refuerzo á las tropas: ínterin se le formaba, aprovechó de la ocasión de ir un ayudante de campo á Sevilla para escribir al mariscal Soult las más apremiantes cartas sobre la necesidad de unir al ejército de Portugal todo ó parte del ejército de Andalucía. Habiendo servido Foy á las órdenes de Soult, asistíale fundamento para creer en la benevolencia del mariscal hacia su persona. Inspirándose, pues, con lo oído á Napoleón en sus entrevistas, le expuso la situación de Europa, particularmente la de Inglaterra, y la esperanza no dudosa de traer la política británica de la guerra á la paz, si se hacía sufrir á lord Wellington un gran descalabro. No le presentó estas observaciones como suyas, sino como peculiares de Napoleón, y autorizóse con lo que había oído de su boca para aseverar que la voluntad positiva de éste era que el ejército de Andalucía marchara sobre el Tajo, prescindiendo de otra operación cualquiera, y al terminar añadía las consideraciones siguientes:

«Os conjuro, señor mariscal, en nombre del sentimiento sagrado para todos los corazones franceses, del sentimiento que á todos nos inflama por los intereses y la gloria de nuestro augusto soberano, á que presentéis lo más pronto posible un cuerpo de tropas á la orilla izquierda del Tajo enfrente de la embocadura del Zezere. Una marcha, un destacamento hacia este punto no puede comprometer el ejército de vuestro mando. Apenas hay cuatro jornadas desde Badajoz hasta Brito, lugar situado enfrente de Punhete. Los ingleses son poco numerosos á la orilla izquierda del Tajo, y allí no se pueden atrever á nada sin comprometer la seguridad de sus formidables trincheras delante de Lisboa, las cuales no distan más que ocho leguas del puente del río Mayor. Señor mariscal, tanto la suerte de Portugal como el cumplimiento de la voluntad del emperador están en manos de V. E. Según las disposiciones que adoptéis, el ejército del señor príncipe de Essling pasará el Tajo, dará la ley á los ingleses en las dos márgenes del río, los fatigará, los carcomerá, los mantendrá en su inacción tan trabajosa como ruinoso, formará entre ellos y los asedios que tenéis á vuestro cargo una barrera adecuada para acelerar la rendición de las plazas; ó bien, careciendo este ejército de un paso ya indispensable, se verá constreñido á alejarse del Tajo y de los ingleses para hallar qué comer, y de consiguiente dará la ventaja á nuestros eternos enemigos en una lucha en la cual todas las probabilidades han estado hasta ahora de nuestra parte. Agotado y devastado por completo el país que se extiende entre el Mondego y el Tajo, no es ya cuestión para el ejército de Portugal de retroceder cinco ó seis leguas, antes bien les volverá á lanzar el hambre hasta las provincias del Norte, y son incalculables las